

LA IGLESIA**FICHA: HACER VISIBLE LO INVISIBLE****ANEXO I****EL SACRAMENTO DEL VASO (Boff, 2008: 27-29)**

Existe un vaso, un “tanque” de aluminio. De aquel antiguo, bueno y brillante. El mango está roto, pero le confiere un aire de antigüedad. En él bebieron los once hijos, de pequeños a grandes. Acompañó a la familia en sus muchas mudanzas: del campo a la villa; de la villa a la ciudad; de la ciudad a la metrópolis. Hubo nacimientos. Hubo muertes. Él participó en todo; vino siempre al lado. Es la continuidad de misterio de la vida en la diferencia de situaciones vitales y mortales. Él y ella permanecen. Está siempre brillante y antiguo. Creo que, cuando entró en casa, ya debía ser viejo, con esa vejez que es juventud, porque genera y da vida. Es la pieza central de la cocina.

Cada vez que se bebe de él, no se bebe agua, sino la frescura, la dulzura, la familiaridad, la historia familiar, la reminiscencia del niño ansioso que se sacia tras la sed. Puede tratarse de cualquier agua. En este tanque siempre será fresca y buena. En casa, todos los que quieren matar la sed beben por él y, como en un rito, exclaman: “¡Qué bien se bebe por este tanque! ¡Qué buena es el agua de aquí!” Y, en realidad, se trata del agua que, según los periódicos, es tan maltratada. Llega del río inmundo de la ciudad, llena de cloro. Pero, gracias al tanque, el agua se vuelve buena, saludable, fresca y dulce.

Un hijo regresa. Recorrió el mundo. Estudió. Llega, besa a la madre, abraza a los hermanos. Se matan añoranzas sufridas. Las palabras son pocas. Las miradas, largas y minuciosas: hay que beber al otro antes de amarlo; los ojos que beben hablan el lenguaje del corazón. Sólo tras haber mirado, la boca habla de las superficialidades: “¡Qué gordo estás! ¡Sigues igual de guapo! ¡Qué mayor te has hecho!”... La mirada no dice nada de eso; habla lo inefable del amor. Sólo la luz entiende. “Madre, tengo sed, quiero beber del tanque viejo”.

Y el hijo ha bebido de tantas aguas... “El acqua de San Pellegrino”. Las aguas de Alemania, de Inglaterra, de Francia. La buena agua de Grecia. Aguas de las fuentes cristalinas de los Alpes, del Tirol, de las fuentes romanas. El agua de San Francisco. Agua de Ouro-Fino, de Tersópolis, de Petrópolis. ¡Tantas aguas...! Pero ninguna es como esta. Se bebe un vaso. Y no para matar la sed corporal. Esa la matan todas las demás aguas. Pero la sed del arquetipo familiar, la sed de los penates paternos, la sed fraterna, arqueológica, de las raíces de donde llega la sabiduría de la vida humana... esa sed solo la puede matar el tanque. Se bebe un primer vaso. Apresuradamente. Termina con un largo suspiro, como de quien se hundió y sale a la superficie. Después se bebe otro. Lentamente. Es para degustar el misterio que contiene y significa ese vaso.

¿Por qué el agua del tanque es buena y dulce, saludable y fresca? Porque el tanque es un sacramento. El tanque-sacramento confiere al agua bondad, dulzura, frescor y salud.